

El silencio orgánico de Etty Hillesum

SILVIA EUGENIA
CASTILLERO*

Estudió la Licenciatura en Letras en la Universidad de Guadalajara y posteriormente un Doctorado en Letras Hispánicas en la Universidad Sorbonne Nouvelle de París. Ha publicado los siguientes libros: Entre dos silencios, la poesía como experiencia, Como si despacio la noche, Nudos de luz y Zoóloquios.

El 15 de septiembre de 1943 parte el convoy que llevaría a Etty Hillesum, junto con su familia, a la muerte anónima en Auschwitz. De 28 años, esta joven creyó en la palabra como el único puente para trascender su propia humanidad. De 1941 a 1943, en una pequeña habitación de Amsterdam, escribe un diario en el que da cuenta de su camino espiritual. A través del libro *Etty Hillesum. Amsterdam 1941-Auschwitz 1943*, el jesuita Paul Lebeaud nos conduce a la lectura ordenada de este diario, escrito en 11 cuadernos escolares y cuya luz no vieron sino cuarenta años después de haber sido redactados.

Aristóteles no vaciló en atribuir al infinito valor de principio. “El infinito, afirma, no es aquello fuera de lo cual no hay nada, sino aquello fuera de lo cual hay siempre algo”. Tal premisa podría desprenderse también del pensamiento de Etty Hillesum. Es infinito su sentido de espiritualidad, su infinito es Dios, es el amor, es la humanidad. Dos años antes de morir comienza la escritura del diario y va del concepto de alma de Rilke al de Dios de la Biblia, al de ser en sí de Heidegger. Amor en el sentido de María Zambrano o de San Juan de la Cruz. Su itinerario espiritual surge del ser y va destinado al propio ser. La muerte es el gran tema de esta joven filósofa. Ante el despojo no imaginario sino totalmente real de la raza judía, ante su inminente exterminio, Etty conquista, encuentra el mayor brillo de la vida. Así como sus notas tienen más resonancia desde este silencio que es ya su vida, así su encuentro de la vida se

le manifiesta con gran intensidad cuando la muerte es el paisaje cotidiano y su próximo destino. ¿Cómo conquista esa lucidez?

Su escritura comienza con la visita a un quirólogo (quien establece un diagnóstico psicológico a partir del examen de la morfología y las líneas de la mano), Julius Philipp Spier, quien será desde entonces su maestro y guía espiritual. La primera confesión en su diario es aquella atracción física por ese hombre; en una carta le dice: “Sentía una poderosa atracción erótica hacia usted, siendo así que yo creía haberme vuelto capaz de superar este tipo de pulsión”. Pues bien, como Etty se propone una relación de intimidad con el mundo, el primer elemento a trabajar es su cuerpo. De temperamento apasionado, la moral reinante no le interesa, quiere conocerse a sí misma, entonces reconoce que “hay en mí tanta confusión, tanta veleidad y complejo de inferioridad”, pero “hay también en mí algo de extraño y de aventurado y de antojadizo”. Su código corporal estaba libre de los estereotipos sociales y más bien correspondía a su avidez, ella misma reconoce que es un pequeño ser ávido. Un ser ávido pues en busca de perfección, como lo piensa Zambrano y como lo veremos después en el desenlace de sus pensamientos y actos. Y lo vive en gran conflicto, como un argumento dostoievskiano; por un lado su alma buscando la sublimación, por otra parte su cuerpo apasionado. Asume su camino de soledad sin comprometerse con ningún hombre como marido, aunque sí con la necesidad de una compañía,

pero aprende del cuerpo en intercambio erótico con diversos hombres.

En el trabajo con Spier, a quien llamará el partero de su alma, comienza también una terapia corporal: “Gimnasia, ejercicios respiratorios, algunas palabras luminosas, liberadoras, a propósito de mis depresiones, de mis relaciones con los demás, etc. De repente tenía yo una vida diferente, más libre, más fluida. Se borraba la sensación de bloqueo, se instalaba dentro de mí un poco de paz y de orden”. El camino de libertad que elige Hillesum no es fácil, como bien lo dice Paul Lebeaud, es el camino de la libertad, al precio de un combate perseverante contra ilusiones y regresiones constantes. El contacto físico que se desencadena entre maestro y alumna es de gran sensualidad, tan tentador que la lleva a exclamar:

Dios mío, asísteme, dame fuerzas, pues la lucha promete ser dura. Su boca y su cuerpo estaban tan cerca de mí esta tarde, que no puedo olvidarlos. No quiero tener una relación amorosa con él. Sin embargo, estamos tomando claramente ese camino. Pero no lo quiero. Su futura mujer está en Londres, sola, y le espera.

Pero también es consciente de que hay esferas del ser más evolucionadas que el erotismo y se enfrenta a su vanidad: “Cuenta también esta vanidad pueril: todas estas muchachas, todas las mujeres que le rodean, están locas por él; pero yo, la última que ha llegado, soy la única que ha penetrado tan adentro en su intimidad [...] De hecho, corro un enorme riesgo de estropear nuestra amistad por culpa del erotismo”. Es así como aprenden juntos a dejar de lado la atracción física y continúan trabajando juntos, ahondando en las almas de ambos, hasta incluso llegar a dormir juntos en la misma cama sin tocarse:

A veces puedo “sentir deseos de él”, como él de mí, pero en realidad se trata de algo secundario. Y cuando tiendo a dejar que esto “secundario” deje sentir su peso sobre la calidad real de nuestra relación, ¡debería volver a ocuparme de mí misma! Si no lo hago, se estropearía algo precioso de verdad.

A tal grado siente Etty un llamado a la libertad espiritual por la ruta de la soledad, que cuando se embaraza, por esa conciencia profunda que tiene de las necesidades de su ser, decide abortar. Hay entonces un incipiente misticismo que la aleja de la carne, del sometimiento a los sentimientos más terrenales que pueden frenar ese vuelo hacia el espacio interior, el espacio que para la joven es el más auténtico.

Como Rilke, Hillesum dirige la tensión de las palabras que va convirtiendo en relato interior, en posibilidades de ir siendo el ser. Y con él busca la libertad en el propio ser. Para ella es Rilke el escritor que comprende mejor que cualquier otro el amor como una manera para salvaguardar la libertad del ser amado. La culpabilidad en el amor es no aumentar la libertad en quien se ama con toda la libertad que uno lleva dentro. Por eso el amor encarna sufrimiento. Ese universo, rilkeano, interiorizado, es el que trabaja para descubrirlo dentro de ella. “Estos últimos meses —escribe— ‘mamo’, me alimento lentamente de este hombre, de su obra, de su vida: Rilke”.

Su libro de cabecera era la antología de las cartas de Rilke, de él destaca en sus apuntes: “debo recogerme en lo profundo para dar forma a lo que hago”. En Rilke aprende a toparse con la muerte al cabo de la transformación de su alma, a realizar la muerte en la vida, a confirmar ésta a partir de la muerte. Sólo aquí cabe ese infinito que comparten la joven y el poeta. Etty declara que su segunda patria es la literatura, pues cobra conciencia de que el hombre no tiene lugar más que en su límite más extremo: la muerte. Y en ese linde sólo la literatura le permite continuar sus exploraciones, sólo ahí encuentra “ese gran espacio interior donde pueda retirarme y volver a mis raíces profundas”. La alternativa es entonces la soledad, una gran soledad interior, la única necesaria para llegar a uno mismo. Tanta es su filiación con Rilke, que en el curso de su diario va descubriendo su vocación hacia la ficción, hacia la creación de mundos de significación, pues “sólo el artista puede entregarnos el subsuelo irracional del ser humano”. La forma que decide trabajar algún día, cuando su interioridad logre mayor madurez, es la crónica,

El camino de libertad que elige Hillesum no es fácil, es el camino de la libertad, al precio de un combate perseverante contra ilusiones y regresiones constantes.

para dejar testimonio de su vida interior ante un mundo devastado. Así, al igual que su gran educador, como lo define, cree que escribir es una experiencia por la cual la vida se manifiesta, pero para la cual se necesita paciencia y espera. Porque la escritura le interesa en su internarse en el corazón de la realidad, sacarle el alma a las cosas, pero para llegar a eso es necesario describir lo concreto, lo terrestre. Piensa que en el libro abierto del texto de la vida, ella tiene el don de leer muchas historias que algún día contará a esos que no tienen el don de leerlas.

Julius Spier inició a Ety Hillesum en el estudio de la Biblia. El, por su parte, lo recibió de su maestro Carl Gustav Jung, quien develó en Spier el universo religioso a partir del estudio de los “arquetipos” o estructuras psíquicas que Jung creía detectar en todo ser humano. Para Ety significa entrar en un universo desconocido pero apasionante. Es el Evangelio de Mateo el que la atrae, pues encuentra en su escritura la escucha de la Voz inmaterial. A partir de la disciplina de leer todos los días la Biblia, Ety comienza un camino espiritual hacia una religiosidad mística. Lee a san Agustín y se siente cercana a san Francisco de Asís. Ante las medidas antisemitas que proliferan por toda Europa, escribe: “El occidental no acepta que el sufrimiento forme parte de la vida [...] El hombre verdadero no es el dueño de su dolor ni el que huye de él, ni tampoco su esclavo. Debe ser en él, el redentor”.

Hillesum se somete a un proceso arduo de escritura, a través del cual intenta encontrar la armonía entre el interior y el exterior: “explicarme conmigo misma”. Lee y escribe, pero sobre todo es testigo de las atrocidades a las que es sometido su pueblo y cuya amenaza es cada vez más cercana. Vive todas las prohibiciones a los judíos bajo la ocupación nazi, llega un momento en que ni siquiera puede ir al barrio de sus padres. Ante ese cercamiento de su ser judío Ety Hillesum llega a Dios. Dios se le manifiesta como ese gran espacio para realizar su humanidad completa. “Y a este ‘mí misma’, a este nivel de mi ser, el más profundo y el más rico de todos y en el que me recojo, yo le llamo ‘Dios’”.

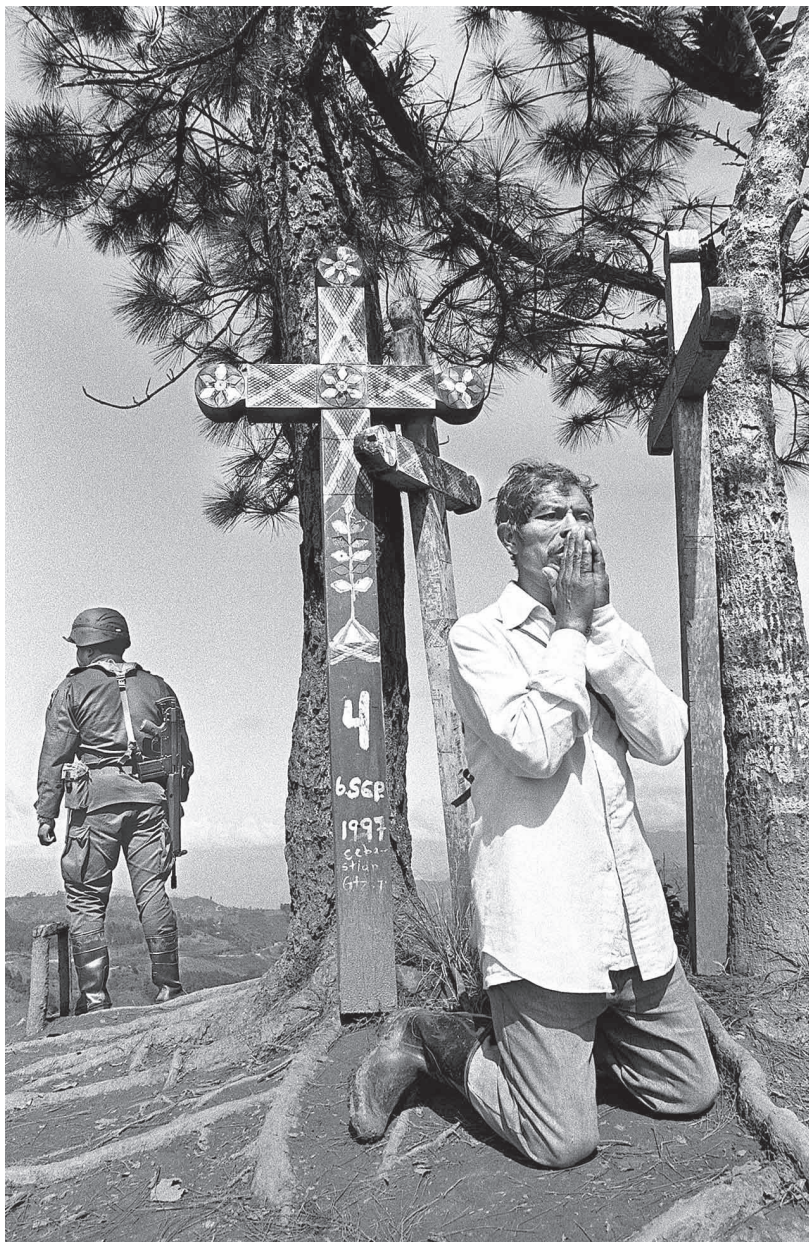
El Absoluto al que la joven tiende su espíritu tiene que ver con la afectividad humana, con el amor, en la humildad del verdadero amor. En el amor que María Zambrano define como el sendero de sí hacia el otro para regresar al conocimiento de la propia alma. “El problema —dice— es que el hombre busca espontáneamente a su Dios en la línea del poder”. Como santa Teresa en sus *Moradas*, Ety Hillesum traza en su diario su trayectoria interior, un viaje que es una vida vivida hasta el fin. Como la santa, su espíritu se nutre de tierra, se aparta de la mezquindad para trepar al cielo y luego bajar, vaivén constante, sístole y diástole. Por eso mismo Ety muere con su pueblo para seguir viviendo. Como los místicos, percibe a un Dios interior dentro de su propia interioridad:

Si Dios cesa de ayudarme, seré yo quien tenga que ayudar a Dios. Poco a poco, toda la superficie de la tierra no será más que un inmenso campo de concentración, y nadie, o casi nadie, podrá quedar fuera de él [...] No me hago muchas ilusiones sobre la realidad de la situación, y renuncio incluso a pretender ayudar a los demás. Adoptaré como principio el “ayudar a Dios” tanto como sea posible, y si lo consigo, entonces estaré ahí también para los demás.

En las últimas notas de su diario Hillesum vive la muerte, su cuerpo enferma; no obstante, ante la certidumbre de tener “ante mí la imagen de una vieja ruina toda desvencijada” siente que de sus grietas “escapan blancas palomas, y entre las hendiduras brotan flores plenamente jóvenes”. Siente la necesidad de sobrevivir para dar testimonio de que Dios estaba vivo incluso frente al exterminio humano. Cercada, entre espinas y sufrimientos insoportables, Hillesum vive la esperanza de su ser en Dios y la mantiene viva hasta el momento de subirse en un vagón del siniestro *Transport*, deportada a Auschwitz.

El diario de Ety Hillesum tiene trascendencia entre los lectores contemporáneos no solamente por su profundidad espiritual, sino por su sentido histórico-existencial. Quiero decir con esto, por

Su segunda patria es la literatura, pues cobra conciencia de que el hombre no tiene lugar más que en su límite más extremo: la muerte.



su conciencia de la temporalidad humana que —al estar enmarcada entre un génesis y un apocalipsis, como diría Frank Kermode— se trasciende. Al volverla escritura, al vaciar su intimidad en una “forma”, su discurso interior se vuelve portador de sentido y como cualquier ficción, sirve para descubrir cosas y cambia a medida que cambia la necesidad en cuanto a hallar sentido, se transforma con la humanidad misma. La escritura de Etty Hillesum aparece contundente y plena de sentido en el tiempo, tal como esos dibujos japoneses que

ella misma describió y admiró y precisó como su ideal de forma artística: “No quisiera escribir más que palabras insertadas orgánicamente en un gran silencio [...] Unas cuantas pinceladas delicadas [...] y, alrededor, un gran espacio, no un vacío”.

Nota

1. Paul Lebeau. *Etty Hillesum. Amsterdam 1941-Auschwitz 1943*, Sal Terrae, Santander, 2002.